

GÉNESIS DE LA ÓPERA EN MÉXICO

CARLOS GABRIEL CRUZ SANDOVAL

Siempre ha sido sin duda un regocijo hablar de música, máxime cuando nos referimos a una de las hazañas más grandes del hombre, como lo es la creación del género operístico. La ópera ha sido muchas de las veces ignorada, desconocida y poco escuchada. Sin embargo, en ella se realzan las virtudes y defectos de la personalidad del hombre, en donde personajes extraídos de dramas, traiciones y enamoramientos, nos transportan a un mundo no tan ajeno a la realidad y, que incluso, podemos encontrar filosofías y enseñanzas en todas y cada una de las obras de los innumerables

compositores que representan y dan vida a este bello, extravagante y complejo género.

La ópera, nacida a finales del siglo XVI, sobre los albores barrocos de la *Camerata fiorentina* (con la majestuosa obra de Monteverdi –Orfeo–, y cuya palabra no fue utilizada hasta antes de 1650, ya que antes se le designaba *Dramma per musica* o *Favole in musica*), más que ser un poema dramático con incrustación de declamaciones llenas de ingenio o composiciones virtuosas, escenas impresionantes y ricas en contrastes, tiene un significado más relevante como lo es el brillo y el realce que promueve al instrumento



Archivo Casasola

Invitación al Concierto homenaje a José Pierson
legendario maestro de *bel canto*

innato del hombre, *il canto*.

La ópera nos recuerda la pluralidad artística de la tragedia griega. Más adelante, al constituirse en espectáculo de la nobleza admitió la entrada del numeroso público burgués, en contraposición con la práctica habitual precedente, dando con ello un realce de este género durante los siglos XVII y XVIII gracias a los genios del barroco como Vivaldi y Haendel, del romanticismo –Liszt, Chopin. Schumann– pasando por los principales talentos como Verdi, Bizet y Wagner, y además de quienes sentaron las bases de la tradición clásica como Mozart.

La obra operística en nuestro país tuvo una génesis similar a la europea. En 1708 y 1711 se estrenaron el palacio virreinal de la Nueva España dos producciones que se pueden conjeturar como obras operísticas: *El Rodrigo* y *La Parténope*, ambas de Manuel Sumaya. A estos antecedentes se encuentra la primera ópera mexicana escrita en el México independiente: *Adelaiday Comingio* de Vega, las mismas que sufren las incertidumbres del tiempo al encontrarse desconocidas y extraviadas.

En términos generales puede afirmarse que el repertorio operístico en México se encuentra bajo la influencia italiana, principalmente de Rossini, ganando adeptos ingenuos y amigos de la sencillez musical y argumental, aunado a melodías de fácil recordación.

La vida de la ópera en nuestro país transcurre casi exclusivamente en la capital, y no es sino hasta tempranas fechas del siglo XIX cuando comienzan a aparecer las buenas capacidades y peculiaridades en la escena del *bel canto*, con el célebre cantante español Manuel García y la soprano Enriqueta Sontag, condesa de Rossi, hasta llegar a ser coronadas con la diva mexicana de bellísima voz que fue Ángela Peralta.

No obstante, aunque se dan destellos en la escena de la ópera, lamentablemente el país no se encuentra familiarizado con dicha expresión musical y se vive en un estado de anarquía. No se respeta el criterio del género, tornándose más que nada en improvisación, mezclando piezas para coro, seguidas de una ejecución al piano, sucedida a su vez por un movimiento sinfónico y finalizando con temas operísticos con la única intención de agradar al heterogéneo gusto de los asistentes, que muchas de las veces carecían de criterio musical.

Era la época del romanticismo donde para

ser romántico tan sólo se requería exagerar el propio sentimentalismo, melancolía e introspección de los autores, y el intento de génesis del arte lírico aún no se consumaba por aspectos ajenos como las pugnas de los partidos, guerras civiles, invasiones extranjeras y constantes cambios de gobierno, y por consiguiente puede decirse que el esfuerzo cultural fue casi heroico.

Ese estado de cosas no cambia para bien hasta que la Compañía de Opera Italiana, monta en la escena el *Ernani* de Verdi, en el año de 1850 con instrumentación de Bustamante y posteriormente el *Don Giovanni* de Mozart en 1852. Por su parte, Luis Baca es considerado como el primer compositor mexicano de óperas cuya obra tiene congruencia, sin seguir los influjos de las circunstancias ajenas al arte en sí, pero no fue sino hasta con Aniceto Ortega, con su ópera *Guatimotzin*, y Ricardo Castro que dichos compositores hacen a un lado los contextos europeos y atienden los hechos históricos y realidades de nuestro país.

Castro con su ópera *Atzimba*, se remonta a la época de la conquista, en la que se narra a grandes rasgos que Huépac, gran sacerdote, e Hirepán, general tarasco, y un grupo de sacerdotes y guerreros ven su suelo devastado por los blancos, acusando a Moctezuma por su cobardía al entregar la tierra de Anáhuac a éstos. Piden entonces el apoyo de la diosa Xharatanga, la cual verá por ellos y ayudará para que se derrame la sangre de los invasores en la piedra de los sacrificios. Huepác en tanto revela a Hirepán el amor que siente por la princesa Atzimba, hermana del rey, y de la que descubre que ama al enemigo Jorge de Villadiego, al que juran habrán de sacrificar para ofrecerle al Sol su corazón como ofrenda. Jorge se enamora de Atzimba y ésta no puede rechazar su amor. Huepác aprovecha la turbación femenina y le confiesa su amor. al tiempo que la amenaza con dar a conocer el amor que le profesa al enemigo. El rey da cuenta de lo que siente Atzimba por Jorge y, al recibirlo como emisario de Hernán Cortes, lo aprehende para conducirlo hasta la piedra de los sacrificios. Allí Atzimba jura que lo seguirá hasta la muerte y, tomando el puñal de Huepác, se lo clava en el corazón.

Al lado de Castro habrá que mencionar, de igual manera, la obra de Gustavo E. Campa, creador de *El rey poeta*, basada en la figura de



Archivo Casasola

El público asistente a un espectáculo operístico en El Toreo
(a principios del siglo XX)

Nezahualcóyotl. Admirador de Weber y Wagner, incorpora las figuras musicales italianas y las innovaciones alemanas en su música, lo que sucede de igual forma con Rafael J. Tello en cuatro de sus óperas: *Jumone*, *Nicolás Bravo*, *Dos amores* y *El Oidor* y con Julián Carrillo en *Matilde*, *Alma*, *Ossian* y *Xiuhitl*.

Sin embargo, los músicos mexicanos interesados en dicho género a principios del siglo XX no tuvieron el éxito deseado, como le ocurrió a Ernesto Elorduy, Domingo Ricalde Moguel y Carlos Samaniego con su *Nezahualcóyotl* o a Arturo Cosgaya Ceballos, de quien los expertos aseveran su composición estaba más encaminada a la zarzuela.

Aunque existe en la actualidad un promedio de doscientas óperas de procedencia mexicana, la gran mayoría es desconocida al no haber los recursos para su montaje o bien al haber caído en el olvido con el tiempo. Son en realidad excepciones las que han subsistido hasta nuestros días, como la propia *Atzimba* y, en menor medida, *La leyenda de Rudel*.

En México la ópera moderna nace hasta el año de 1935, cuando el Palacio de Bellas Artes – inaugurado el 29 de septiembre de 1934– sienta las bases para poder dar “vida institucional a la ópera”, confiándosele su futuro al “Departamento de bellas Artes”, dependiente de la Secretaría de Educación Pública y que posteriormente habría de transformarse en el Instituto Nacional de Bellas Artes.

Una de las presencia que no podemos pasar

por alto en la escena musical mexicana es la de Carlos Chávez, que aunque en el terreno de la ópera tan sólo aportó una obra llamada indistintamente como *Pánfilo y Lauretta*, *El amor propiciado* o *Los visitantes*, fue el partícipe primario para la institucionalización del INBA.

A medida que se desvanece el siglo XX el género operístico se va haciendo complejo, a consecuencia de la globalización, la intercomunicación internacional, el intercambio más intenso en el mercado de los valores vocales, escénicos y musicales entre las naciones, aunado a que la frecuencia en los montajes de las obras es por periodos breves y, por lo general, dentro de temporadas anuales, que no dan una posibilidad más abierta al acercamiento con la bella música, además de la singularidad de los escenarios, lo que se suma a la carencia de una forma de penetración más heterogénea en otros ámbitos artísticos del interior del país, distintos a la capital mexicana.

Así y con todas las inclemencias y el desconocimiento del género que se tiene por parte de los mexicanos, resulta evidente que gusta más a las nuevas generaciones, que han aprendido tanto de las finezas de los detalles como de los destellos emocionales que provoca oír y escuchar con pasión la música en su máxima expresión: la ópera. (♣)

CARLOS GABRIEL CRUZ SANDOVAL

Abogado por la UNAM. Realizó estudios de guitarra en el Conservatorio Nacional de Música. Es Secretario Proyectista del Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal.